

Quimera

.REVISTA DE LITERATURA

Nº 480 - diciembre 2023 - España 7 € | Portugal 7,5 €



480

POESÍA JOVEN EN GRANADA

LUIS MATEO DÍEZ - FERNANDO AREBAL - MARTA CARNICERO - JAIME RODRÍGUEZ Z - IRENE DE LA TORRE - ZVIAD RATIANI
VICENTE FERNÁNDEZ ALMAZÁN - JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA - ÓSCAR ARNEDILLO MARTÍN - PABLO LLANOS URRACA

Inteligencia natural, lenguaje artificial

Por PABLO LLANOS URRACA

Son las cinco de la tarde y salgo de trabajar en el desplegue del Marenostrum 5, el nuevo supercomputador que se está montando en el Barcelona Supercomputing Center y que albergará, entre otras cosas, la computación sobre la que operará la Inteligencia Artificial que los investigadores del centro desarrollan.

En el metro muevo la pantalla del móvil y el algoritmo me muestra las noticias que cree que me pueden interesar. Entre ellas, varios titulares que dicen que ChatGPT escribe poesía: «Deleitémonos con sus versos», propone la web tecnológica Xataka. Nunca nadie escribió eso sobre ningún poema mío.

En los días siguientes se suceden las noticias alabando y denostando a las IA de Lenguaje Natural. Me da la sensación de que, tanto detractores como apasionados, están muy preocupados sobre lo que puede o no puede hacer esta tecnología y sobre lo que nos diferencia a los humanos de las Inteligencias Artificiales. Por ejemplo: ¿puede escribir ChatGPT con duende?

«Todo lo que tiene sonidos negros, tiene duendes», dijo Lorca en su famosa conferencia sobre el juego y la teoría del duende. El arte auténtico solo sucede cuando se reúnen los tres elementos: la sabiduría, la inspiración y el duende.

Hay quien dice que lo que diferencia a una Inteligencia Artificial (en adelante IA) del ser humano no es la capacidad de crear sino la necesidad de crear.

Un ser humano que no tiene la necesidad de crear, ¿es inteligente?

Un trabajador que no siente la necesidad de trabajar, ¿es artificial?

No voy a decir para quién trabajo cuando escribo este texto. Pero hace unos días, el algoritmo de mi teléfono me mostró una noticia que decía que el CEO de

mi empresa había anunciado que, debido al potencial de la Inteligencia Artificial, estimaba que en los próximos cinco años sustituiría a un tercio de sus trabajadores.

«IBM está considerando sustituir al 30% de los trabajadores con inteligencia artificial.»

El Mundo, 4 de mayo de 2023.

Hasta 2022, IBM era la segunda empresa mundial en número de trabajadores.

No puedo evitar pensar en lo mismo que está imaginando mucha gente, incluidos escritores y programadores informáticos: ¿con cuantas profesiones va a acabar la IA?

No puedo evitar pensar en que he visto a las mejores mentes de mi empresa trabajando de forma automática, sin mojarse, sin responsabilizarse, sin pensar, haciendo lo que hay que hacer porque lo han dicho quienes piensan. Pero nadie sabe quién es quien piensa. Siempre hay alguien más arriba que ha pensado lo que había que hacer.

El lema de IBM es Think (Piensa) y su creador, Watson, da nombre a la IA que se desarrolla en sus laboratorios.

«Luego me salió una oficina, donde trabajo como si fuera tonta»
Gloria Fuertes

En una de sus autobiografías titulada *Youth*, el premio Nobel de Literatura J. M. Coetzee relata sus años de programador informático en IBM y cómo abandonó el trabajo porque le resultaba muy poco estimulante.

Hay quienes aseguran que esto de la IA no es más que el recurrente mito de Prometeo y la necesidad del ser humano de crear vida para sentirse dios.

Al ser humano no le bastó con crear a Dios para sentirse dios.

Lo que nos diferencia de una IA es nuestra incapacidad para acabar con la especie humana, por mucho que lo intentemos.

Las IA no están hechas para sentir sino para decidir.

Una IA siempre toma la mejor decisión, basándose en sus datos.

Basándose en su base de datos.

Besándose en su base de datos.

Basándose en su beso de datos.

Una IA no tiene boca. No se equivoca. Tampoco besa.

Mientras escribía lo anterior, he pensado dos veces en la misma idea. La he olvidado dos veces y he seguido escribiendo. Finalmente ha vuelto a venir a mí esa idea, pero ya no sé si con el mismo argumento o ha variado.

Nuestro lenguaje funciona así dentro del cerebro, creciendo como una enredadera. Por eso, a veces, la lengua se enreda.

Ahora lo he vuelto a recordar: aquello que es intrínseco a todo ser humano.

¿La vida? ¿La muerte? ¿La forma de pelar una manzana? ¿La dignidad? ¿La necesidad de crear o de sentirse dios? ¿Qué es lo que todos hacemos igual?

El dolor nos atraviesa a todos.

Nos alegramos. Nos reímos. Nos emocionamos de diferente manera, subjetiva, cultural.

Tenemos un lenguaje para la alegría, el chiste, la ironía, el juego de palabras, la parodia, la comedia. Nos falta lenguaje para el dolor.

Por eso nos cuesta tanto explicar el dolor en la consulta de un médico: pinchazo, presión, punzada, calambre, ya.

No digamos en la consulta de un psicólogo.

Una IA no padece dolor.

En 2006 Alejandro Gonzalez de Iñarritu dijo durante la promoción de su película *Babel*: «Es muy posible que lo que hace feliz a un marroquí y a un japonés sea muy diferente, pero lo que nos hace sentir mal es lo mismo para todos».

Lo que nos diferencia de una IA es la capacidad de dolernos.

«El dolor es la verdad, todo lo demás está sujeto a duda.»

J. M. Coetzee (Exemplado de IBM)

La empatía es la habilidad para entender los sentimientos de los demás.

Una IA puede adquirir habilidades lingüísticas, pero no puede sentir.

La compasión es el sentimiento de dolor que nos produce el sufrimiento ajeno.

Una IA puede ser empática (habilidad) pero no compasiva (sentimiento).

Lo que nos diferencia de una IA es la compasión.

Sin embargo, somos cada vez más empáticos y menos compasivos. Cada vez más artificiales.

No es que la IA pueda quitarnos nuestros trabajos porque sea demasiado inteligente, sino porque nosotros somos demasiado artificiales.

Hemos creado la IA a imagen y semejanza no de lo que somos, sino de aquello en lo que nos hemos convertido.

Hemos creado una tecnología a imagen y semejanza de nuestra artificialidad y la hemos llamado inteligencia.

Hemos creado nuestras identidades artificiales llevados por el interés de quienes diseñan inteligencias artificiales.

¿Es este texto un ensayo? ¿Una lista de aforismos? ¿Un poema?

¿Puede ChatGPT escribir un texto que no se corresponda con ningún género literario o periodístico conocido?

Quizás la pregunta no es qué puede hacer una IA con el lenguaje natural si no qué podemos hacer nosotros con él.

Me gustaría demostrar lo siguiente:

Que todos los (buenos) poemas encierran una verdad subjetiva.

Que distinguir esa verdad es lo que nos hace tener consciencia de nosotros mismos.

No es necesario del todo entender el poema literalmente para extraer esa verdad.

No sé si estoy capacitado para demostrar todo lo anterior, pero recuerdo que en el año 2019 un agente de policía de Los Ángeles tuvo que perseguir a unos androides dotados de inteligencia artificial (en adelante *Replicantes*). Eran tan parecidos a los humanos y habían desarrollado de tal forma su lenguaje natural que conseguían pasar el test de inteligencia de Turing y era necesario realizarles un test de empatía para evaluar su consciencia de sí mismos.

En la escena final, uno de los *Replicantes* da muestra de que ha desarrollado consciencia de sí mismo. Lo hace recitando unos versos que empiezan de forma muy parecida al poema *Aullido* de Allan Ginsberg: «He visto a las mejores mentes de mi generación...»:

«He visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir».

El espectador no sabe a qué se refiere con las naves en Orión, ni con los Rayos-C ni con la puerta de

Tannhäuser. El policía tampoco lo sabe, pero tanto él como el espectador perciben que hay algo poético en esas palabras y, por lo tanto, humano. El *Replicante* ha logrado que participemos de una verdad encerrada en esos versos de los que apenas entendemos su significado literal. Si ha encerrado esa verdad en los versos es porque ha tomado consciencia de sí mismo.

¿Qué dice esto de ChatGPT? Pues no tengo ni idea. Poco me interesa. De quien dice mucho es de nosotros y de nuestra relación con el lenguaje. Quizás la IA no necesite ser compasiva, ni humana, ni tomar consciencia de sí misma, ni escribir poemas que encierran verdades. Pero nosotros sí, al menos nuestra parte más humana y menos artificial. Una IA simplemente tendrá que tomar decisiones útiles.

David Peoples, el guionista de *Blade Runner* (no olvidemos que quien escribe el diálogo es un humano y no una IA) plasmó en esas líneas de guion dos verdades: que la máquina ha adquirido consciencia y que la humanidad se verbaliza mediante la poesía.

Quiero creer que no nos vendría mal —para salvar nuestros puestos de trabajo o nuestra literatura o nuestra identidad— volver a tomar consciencia de que la humanidad, la compasión, la autenticidad se relacionan con el lenguaje mediante el acto poético. No lo olvidemos. No dejemos de hacer ni de leer poesía que contenga verdades. En cualquier situación.

Quizás, lo que nos diferencia de una IA es que somos capaces de hacernos preguntas incorrectas y no encontrar respuestas de inmediato. No sé si ChatGPT será capaz de responder a esa antigua pregunta —¿para qué sirve la poesía?—, pero quizás, gracias a la existencia de las IA de lenguaje natural, nosotros sí seamos capaces de encontrarla.

Días de llamas

Juan Iturralde

MALAS TIERRAS: BARCELONA, 2023

520 PÁGS.

Dos páginas en blanco

Por José de María Romero Barea

Los parpadeos son puntos de referencia: «Los pasos se acercan por el jardín y se detienen ante las puertas; el aire se tensa como la piel de un tambor; suena el tintineo de las llaves». En monocromo, muestras alienígenas de la historia sellada al vacío: «Había llegado la hora de denunciar públicamente las ejecuciones sumarias, las detenciones ilegales, los asaltos y los registros que acababan en saqueos».

Se desafía la descripción, la explicación y la paráfrasis. Las tres comparecen en una versión fantasmagórica del tiempo y el espacio fundidos en maleables versiones de «la verdad, con los adobes folletinescos necesarios para sorprender». La estasis argumental nos permite ser móviles; nos desplaza través de las fronteras de la imaginación, nos permite experimentar las regiones inexploradas de la existencia.

Frente a los bloqueos de la realidad, los escenarios tensos de la ficción de *Días de llamas* (1979; 2023), donde leemos: «Todavía es más negro el presente y no saco nada con los remordimientos; al fin y al cabo», sostiene Tomás Labayen, el protagonista, «no hice más de lo que pude hacer. Y todo queda ya demasiado lejos».

En la narración de Juan Iturralde (Salamanca, 1917 - Madrid, 1999) el pasado y el presente no están delimitados, sino que se superponen en distintas y confundidas capas de significante y significado, entre «caras enmarcadas por pañuelos negros, sacos con cacharros de

cocina, boinas y gorras polvorientas y una uña estriada rascando una barba sin afeitarse».

Frente al estímulo imaginativo, el absurdo como una unidad dentro de la cual reclamar y organizar peripecias pretéritas, actuales en la trama a base de eternos desconciertos: «La lista estaba sobre mi mesa. Nombres. Ahora nombres sin cara y antes caras sin nombres».

Avanzamos llenando los huecos de la narración del juez de instrucción que espera su ajusticiamiento retenido dentro la celda. Leemos la novela ambientada en la Guerra Civil Española de 1936 a 1939 como una lírica evasión de las terribles preguntas que nos plantea: «¿Para qué? Este presente sin futuro es una maldición. Y encima esperar, seguir esperando hasta que llegue la hora en la que no haya que esperar más».

Recortes que reflejan las ausencias, los testimonios del legado suponen una evocación fieramente humana de una violencia diseñada para mantenernos fuera. Esta saga de alguien que espera ser fusilado de un momento a otro ¿es un monumento a la crueldad o al poder de la ternura incluso en las condiciones más adversas?

Se transmite la sensación de creciente propulsión: «Tras un bufido, la exasperación fue convirtiéndose en perplejidad y resignación, una resignación precaria, amarga, dolorida e incurable». Magnética la fuerza que propulsa el estado de ánimo de personajes en estado de shock aferrados a las reliquias que se desvanecen. Traza el resultado el mapa de una leyenda: «Lo que me queda es precisa y únicamente el pasado, los recuerdos, que tienen tal nitidez que están vivos y presentes».

No muestra la cámara del ojo las escenas interiores y exteriores donde se desarrolla la barbarie, nos las entrega tal como fue, mientras intenta encontrar una simetría significativa en las colisiones aleatorias de sus ideas: «Me dejo perseguir por los recuerdos, aunque me oprimen el pecho como si fueran gases del espíritu».

Si para Kafka todo libro que se precie es «un hacha que rompe el mar helado dentro de nosotros», nos parte en dos el autor de *El viaje a Atenas* o *Labios descarnados*, ambos de 1975, con experiencias que lo alienan progresivamente de la comunidad en la que ha crecido. Sus indecisiones lo reconocen como un extraño entre amigos.

Urbana la lejanía superpuesta al aislamiento pastoral de la sensación de peligro: «Veinticuatro horas no es nada si no van seguidas de otras veinticuatro. Dos páginas, dos páginas en blanco». Implosiona el apocalipsis, aunque el detonante no son las bombas sino las deflagraciones del tedio, la represión emocional de las formas vacilantes en que intentamos amarnos los unos a los otros, a pesar de todo.

